

DESPUES DE "LA BATALLA"

Normalmente, sólo las víctimas y sus próximos allegados tienen ocasión de saber qué cosas preocupan a los censores, cuáles son sus fantasmas administrativos, los peligros de mutilación que acechan a nuestro arte y a nuestra cultura. El resto de los ciudadanos, aun sin ignorar la existencia de esa institución censorial, desconoce sus efectos y, a veces, incluso, puede llegar a creer que las quejas de los mutilados o son injustas o exageradas. Esa ignorancia es comprensible: los párrafos, fragmentos u obras de arte enteras que han sido víctimas de la censura caen automáticamente en la ilegalidad y, por tanto, no pueden darse a conocer públicamente.

Sin embargo, con esta «Batalla del Verdún» cuyo desastre final ha provocado un verdadero clamor de indignación, ampliamente difundido, la situación es distinta. El texto de Rodríguez Méndez fue publicado con todos los requisitos legales en 1966 (Ed. Occitania, colección «El sombrero de Dantón»). Más aún, un año antes, en mayo del 1965, la obra había sido representada —con todos los honores y estigmas de la representación única— en el teatro Candilejas. El hecho de que «La batalla del Verdún» pertenezca al patrimonio público legal nos permite, pues, informar a los espectadores del lunes 18, publicando hoy algunas de las réplicas que, según se desprende del cotejo entre el texto original y el pase en TVE, desaparecieron milagrosamente en los estudios.

Algunas réplicas —y no todas— porque resulta imposible dar entrada aquí a todo lo que no tuvimos derecho a oír y ver en la pequeña pantalla a pesar de haber podido hacerlo en el Candilejas, hace nueve años y medio, cuando se suponía que nuestra madurez era mucho más precaria que la de hoy: sólo en el segundo acto, han sido cortadas cinco páginas de apre-

tada letra (las que constituyen propiamente el «nudo» de la obra), cuya reproducción resulta materialmente imposible.

Creemos, no obstante, que una breve selección de los cortes efectuados puede ilustrar al lector acerca de los caminos ocultos de la censura. Y decimos únicamente «ilustrar» porque estamos convencidos de que el lector, al igual que decenas y decenas de autores censurados, no conseguirán comprender, ni aun apoyándose en el dato concreto y contundente, cuáles son exactamente los criterios racionales por los que se rige la censura en el desempeño de su labor. Podría decirse que esto —la falta de criterios uniformes y racionales— es lo peor de la censura, si no fuese que lo peor es ya su misma existencia y todo lo demás una consecuencia lógica. Hay que reconocer, en efecto, que es absolutamente imposible censurar racionalmente porque es imposible fijar de antemano criterios para destruir lo que todavía no existe.

Desgraciadamente, el lamentable hecho censorial ha centrado toda la atención que podía suscitar este estreno de TV en el ámbito de las amputaciones. Es lástima, porque en otras circunstancias, «La batalla del Verdún» hubiese dado origen, seguramente, a otro debate mucho más apasionante: el debate sobre la posible vigencia de esta obra y del tipo de teatro —el realismo social— en que se inserta. Yo tengo, al menos, grandes dudas sobre esa vigencia y creo que sería sumamente útil confrontarlas con las certezas que puedan sustentar otros. Esta es, en todo caso, una cuestión que, pasada la primera urgencia informativa, puede abordarse desde esta misma página.

J. M.

ANTOLOGIA DEL CORTE

He aquí, pues, nuestra pequeña muestra del corte televisivo-teatral. En ella, las frases en negrilla son las censuradas. Las demás han sido reproducidas para situar el contexto, habiéndose añadido, además, algunas indicaciones entre paréntesis para facilitar la comprensión de la acción.

ACTO I

Muchacho 1.º y Muchacho 2.º en la ladera de un terraplén desde donde se domina Barcelona. Se dirigen a la estación para emigrar al extranjero.

Muchacho 1.º —Mira, es la última vez que vemos esa ciudad...

Muchacho 2.º Yo escupo en ella, fíjate. (Escupe en el aire).

Muchacho 1.º —Yo también, macho... (Escupe también).

Muchacho 2.º ¡Vamos!

(Andrés y Angel, hermanos —el primero recién casado con Carmela—, acaba de llegar a casa de sus primos Manuel y Paco, que los albergan provisionalmente a pesar de la estrechez de la barraca. Mientras las mujeres han ido a por agua, los hermanos comentan la situación).

Andrés. —Lo bien que nos vendrían cincuenta mil duros.

Angel. —Ya no teníamos que tener miedo de volvernos para allí abajo...

Andrés. ...¿Volvernos? Ni hablar... ¿Para qué dices esa pijada...? Volver. ¡Volverás tú, desgracia!

Angel. ...Pues no creas que me disgustaría volver allí abajo, con dinerillo...

Andrés. —Estás hablando de volver y todavía no sabes lo que es Barcelona. Donde esté Barcelona, que se quite todo... Esta es nuestra tierra y no aquella.

Angel. —Pues otros no dicen lo mismo...

Andrés. —¿Otros? ¿Qué otros? Serán tus compinches, muertos de hambre, vagos... que no tienen donde caerse muertos...

(Poco rato después, Andrés, que ha ido a buscar vino, regresa a casa cabizbajo).

Manuela. — ¡Huy!, qué cara trae ese... ¿Es que te han hablado en catalán?

ACTO II

(Ha sido suprimida, prácticamente, la segunda mitad del acto. En ella, las dos parejas —Manuel y Paco, Carmela y Andrés— se enfrentan violentamente, cayendo también en discusiones intraconyugales, porque la prolongada convivencia en un lugar que no reúne las condiciones necesarias, ha quebrado la cordialidad inicial. La discusión, un domingo por la mañana, se desarrolla simultáneamente en dos escenarios, la casa y el bar vecino. En este último toman un refresco Paco y Andrés. Aparecen sus mujeres respectivas. A partir de este momento, tizerazo).

Manuela, plantándose delante de los dos hombres: —Andá, mira tú éstos... ¿Los habrá sinvergüenzas?

Paco, levantándose ceremonioso. —Hola, chata...

Manuela. —Pero qué sinvergüenzas de hombres... ¿Has visto? Nosotros en casa, tirándonos por las paredes, y ellos aquí sentaditos...

Paco. — Sentarse, hombre... ¡Chicoooo!

Manuela. —En un domingo... no son capaces de llevarnos a dar un paseo y se vienen aquí, al bar... Pero qué sinvergüenzas...

(Andrés se ha llevado a Carmela a casa, violentamente).

Carmela. —Eres un chulo... eso es lo que eres...

Andrés. —¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho? Anda, repítelo... repite eso que has dicho...

(La Carmela, asustada y llorosa, retrocede un poco).

Andrés. —Que me lo repitas, te digo... ¿O te lo digo de otra manera? (Ante el silencio y el terror de la Carmela, el Andrés levanta el puño para pegarla).

(Carmela se ha encerrado en la casa, dejando fuera a Andrés. Paco intenta calmarle.)

—Paco. —Calla, hombre calla, que está muy feo eso de pegar a una mujer...

Andrés. —Dejaré que me pegue a mí, si te parece...

Paco. —Que estás en Barcelona, chaval, que no estás en tu pueblo...

Andrés, sacudido de ira. —Vete al cuerno también tú, con Barcelona... Me vas a venir a enseñar tú a mí... Me importan tres pitos Barcelona y la cultura y las narices... Barcelona, Barcelona... aquí lo que sois todos es unos desgraciaos que os han vuelto maricas con tanta estupidez... Mecachís en mi negra suerte... en qué mala hora vine yo a esta tierra... Que estoy de los catalanes hasta los cataplines, y de vosotros, que sois peores que ellos, porque os habéis hecho peores que ellos...

(Paco y Andrés, reconciliados, vuelven al bar.)

Vienen por la calle de la derecha los tres guajas compadreados: el legionario, el Angel y el Chaval 1.º, cogidos del brazo, cantando «El novio de la muerte».

Legionario, llevando al mismo tiempo la batuta. —«Soy el novio de la muerte, etc.»

(Entran en el bar).

(Al cabo de un momento, se oye un gran estrépito dentro del bar).

Se ve al Chaval 2.º que sale echándose las manos a la cabeza. Corre desorientado hacia la casa.

Chaval 2.º —¿Señora Manuela, señora Manuela... que al Angel le han abierto la cabeza... Señora Manuela...!

La Manuela y la Carmela se levantan

tan horrorizadas; el Chaval 2.º da grandes golpes a la puerta, mientras cae el telón.

ACTO III

(Carmela y Andrés han encontrado un piso en otro barrio y vienen a merendar con sus primos en visita de cortesía, olvidadas las antiguas disputas. Pero nada de esto pudo entenderse en TVE, puesto que estas disputas habían sido cortadas, como tampoco pudo entenderse la clara integración de Andrés a la vida urbana barcelonesa al haberse suprimido su diatriba contra Barcelona, del segundo acto).

Mientras los cuatro meriendan, Angel —que tampoco vive ya ni con sus primos ni con su hermano Andrés—, vuelve del trabajo y toma una copa en el bar.

Angel. —Me duele la cabeza...

Chaval 2.º —Todo huele a podrido en este país...

Chaval 1.º —También yo tengo ganas de perder de vista a mi familia. Es una peste, la familia... Tú haces muy bien, Angel... Hay que vivir independiente.

Angel. ...Ahora me vienen con historias... Tienen más cuento. Y cuando vivía con ellos, no me dejaban ni respirar... Pues que se joroben, ahora...

Chaval 1.º ...Y el botellazo que te dio tu hermanito...

Angel. —Lo de menos son los golpes... Es otra cosa... Que estamos los unos frente a los otros... eso es... Nada más que eso.

Chaval 1.º —Y tenemos que liarnos a golpes. También eso.

Angel. —Están bonitas las luces, ¿verdad? Desde aquí parece una feria. Parece una ciudad alegre.

Chaval 2.º —Sí que está maja la ciudad...

(Tal como indicá la tipografía, estas dos últimas réplicas, evidentemente, no fueron cortadas. La conversación de los tres hombres quedó, así, convertida en un banal comentario estético).

(Andrés y Carmela abandonan la casa de sus primos, después de la visita. Ya en la calle, Andrés se muestra celoso de su hermano).

—Carmela. —Pero, mira qué vista tan maja... ¡Huy!, qué lucerío...

Andrés. —¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto tan tonta?

Carmeta. —¿Yo?

—Andrés. —Sí, tú... ¿Te crees que soy tonto o qué? El pijo ese, el Angel, que te ha soliviantado la sangre...

Carmela. ...¿El Angel? Ni me acordaba del santo de su nombre, ahora...

Andrés. —¿No? ¿No? Me alegro... porque como vuelvas a las andadas...

—Carmela. —Tonto, más que tonto... cómo se conoce que me quieres... (Le besa).

Mira, mira qué bonita... qué lucerío...

(Note el lector el hábil empalme entre el lucerío de la primera réplica y el lucerío de la frase no censurada de la última réplica).

CARTA ABIERTA A JOSE M.º RODRIGUEZ MENDEZ

Admirado autor:

A raíz del montaje de tu obra «La batalla del Verdún» en la televisión, has removido un «affaire» que a mi juicio convendría precisar. Como pudiste observar en esta misma página del pasado martes, yo no hablé para nada de los cortes que había sufrido tu obra, o del posible carácter confuso que de ella podía desprenderse después de la mutilación. Este silencio, posteriormente, me ha sido reprochado por algunos sectores recontraculturales de esta tierra, y muy concretamente por algún personaje asiduo a una tertulia sabatina que se celebra en el Zurich, tertulia a la que por lo visto tú también asistes. La razón principal de que no hablase del tizerazo es, sencillamente, porque yo no conocía el texto de esta pieza tuya; y por tanto esta ignorancia mía me colocó —felizmente— en un privilegiado punto de observación: el punto de observación de aproximadamente unos siete u ocho millones de teleadictos que en su vida habían oído hablar de tí, ni de tu ejecutoria dramática. Y ahí está mi interés por hacer llegar estas letras.

Contrariamente a lo que se ha dicho no es cierto que lo que se ofreció en televisión fuera algo ininteligible y constituyese un fracaso. Lo que yo ví, como cualquier observador vulgar y silvestre, lo entendí perfectamente; sólo habría que hacer la salvedad del asunto de la embarazada y el conflicto entre los dos hermanos, que quedó oscuro; pero también quedó claro el «conflicto». Sin lugar a dudas para los que conocían la obra en toda su extensión, y sobre todo para tí, que eres su padre, la castración del trabajo ha sido algo inadmisiblemente. En eso estoy de acuerdo; pero fíjate con detenimiento en la trayectoria de nuestra «tele» y verás la abrumadora sucesión de hechos inadmisibles que la caracterizan.

Quiero decirte con eso, querido amigo, que no podemos pecar de ingenuidad cuando uno se las entiende con los caballeros de la pequeña pantalla. Y para no pecar de ingenuos lo único que se puede hacer es trazar una estrategia.

Tú has tenido que aguardar en un sótano incómodo, durante más de trece años, para que tu trabajo se divulgue. Probablemente me dirás: «sí, para que ahora se divulgue poco y mal». Y yo te digo que no importa. La obliteración, castración e inoble tizerazo que has sufrido no va a aumentar ya ni un ápice el desprestigio que los que manejan nuestra «tele» se han ganado en todos estos años de historia momificada.

Sobre esto te diría las palabras de Buero: «es necesario edificar una estrategia posibilista para seguir adelante». Y creo que debes de seguir en la estrategia, dejando a un lado las trampas que te tiende un «sistema»; sistema al que ya todos conocemos perfectamente y sobre el que nadie se llama a engaño.

Tu obra —lo que ha quedado de ella!— se ha hecho, y te repito que se ha entendido. Además tuviste una impecable orquestación dirigida por Chic, que siempre reconforta.

Creo que el país debe ir conociendo este tipo de obras, que forman su patrimonio cultural. Aunque sólo se las ofrezcan en parte.

De otro modo te expones a que el país las conozca con demasiados años encima, y probablemente con excesiva lejanía.

Lo otro, lo de la manipulación, pulido y corte, es algo a lo que ya estamos acostumbrados, y no tiene ya mayor ni más deplorable importancia. Afectuosamente te saludo,

Fernando MONEGAL

P. D. Espero que algún día coincidamos en alguna parte, y así poder conocernos personalmente.

Dos hombres de La Pipironda, el grupo que estrenó «La batalla del Verdún» en el Candilejas (sesión matinal, 16-5-65), nos han hecho llegar sendos documentos de solidaridad hacia Rodríguez Méndez, y de protesta hacia quien proceda. Angel Carmona dirigió el montaje, interpretando además el papel del Legionario, cuya borrachera —en el segundo acto— fue juzgada sin duda inconveniente el día 18 de noviembre de 1974. Jordi Teixidor tuvo a su cargo el personaje de Angel y nos recuerda ahora, parodiando a Giraudoux, que la verdadera batalla no tuvo lugar.

Predicar con el ejemplo

Con ocasión de haberse «televisado» la obra teatral de José María Rodríguez Méndez «La batalla del Verdún», he asistido a uno de los más increíbles desafueros culturales que puedan cometerse, por más que en estas latitudes ya estemos curados de sustos. Haciendo caso omiso de las más elementales normas éticas y jurídicas sobre propiedad intelectual, con un absoluto desprecio por el trabajo del autor, el director Antonio Chic y todo el equipo de actores y técnicos, se han suprimido en Madrid las escenas que constituyen el núcleo central y el nudo de la obra. Hago constar que conozco ésta muy bien, por haberme encargado de su dirección, al estrenarse en sesión única el año 1965. En todo caso, debemos defender el derecho del autor a la integridad de sus propios textos; ahora bien, tengase muy presente que aquí se trata de algo más que una simple mutilación o un pequeño cambio. Rodríguez Méndez ha visto su obra, sin razón ni justificación alguna, vandálicamente degollada. Bien por otra parte, me parece que Televisión Española lance consignas como «Piense en los demás», siempre que predique con el ejemplo.

Cabe, pues, preguntarnos: ¿Qué opinión, qué respeto le merece a Televisión Española el esfuerzo creador de intelectuales y artistas? Pongo punto final. Aquí no se trata de hacer literatura, sino de dar un sincero y humano testimonio.

Angel CARMONA

La batalla del Verdún no tuvo lugar

José María Rodríguez Méndez, ami-

Jordi TEIXIDOR

go, tus ojos te engañaron. Como Paco Candel, viste en tu propio barrio, que no de oídas, la tremenda batalla que por conseguir un techo, un jornal, un pedazo de dignidad, libraban a diario millares de familias.

Algo vimos también nosotros, aprendices de teatro, cuando acudimos con respeto, sin medios, a contrastar nuestros modestos montajes con su angustiada situación: vimos las barracas, el barro, las colas ante las fuentes públicas, las velas, los niños sin escuela...

José María, cuando nos leíste tu obra, sabíamos que decías la verdad: en tales condiciones de hacinamiento, la exasperación y la agresividad se palpaban en el ambiente y estallaban de pronto. Las broncas, los navajazos, eran pan de cada día. Cuando montamos tu obra, cuando nos metimos en la piel de tus personajes, comprobamos que eran veraces, que retratabas implacablemente, como un testigo de cargo, esa batalla, ese duro trance que supone para un hombre abandonar un medio agrario, caciquil, casi feudal, para integrarse en una sociedad culturalmente distinta y convertirse en carne de máquina, en mano de obra industrial.

Por tus ojos te engañaban, no era cierto lo que vimos. Hay otra realidad, José María, otra realidad depurada, pudorosa, tranquilizante, la que millones de telepacientes debían admitir como la única verdadera: en ella se esfuman los conflictos, las imágenes reveladoras se amputan, las situaciones violentas se reservan para los agentes especiales.

Por mucho que demos fe, aunque juremos que nosotros estuvimos allí, que lo vimos con estos ojos que se han de comer la tierra oficialmente, la batalla del Verdún no tuvo lugar. ¡Aquello era una balsa de aceite, tío!

La batalla del Verdún no tuvo lugar

José María Rodríguez Méndez, ami-

Jordi TEIXIDOR